

éstos van atados, en número de 1.000 á 1.200, á una recia cuerda que se sujeta al fondo con anclas; cada seis horas se arría; se quitan los peces cogidos, de cuyo número da idea el hecho de que las *montañas*, que dicen los noruegos, ó *bancos*, que diríamos los españoles, las forman bacalaos, nadando en tan compacta masa, que á veces la *montaña*, que mide una milla de longitud, tiene varios metros de espesor, en que los bacalaos se prensan unos contra otros.

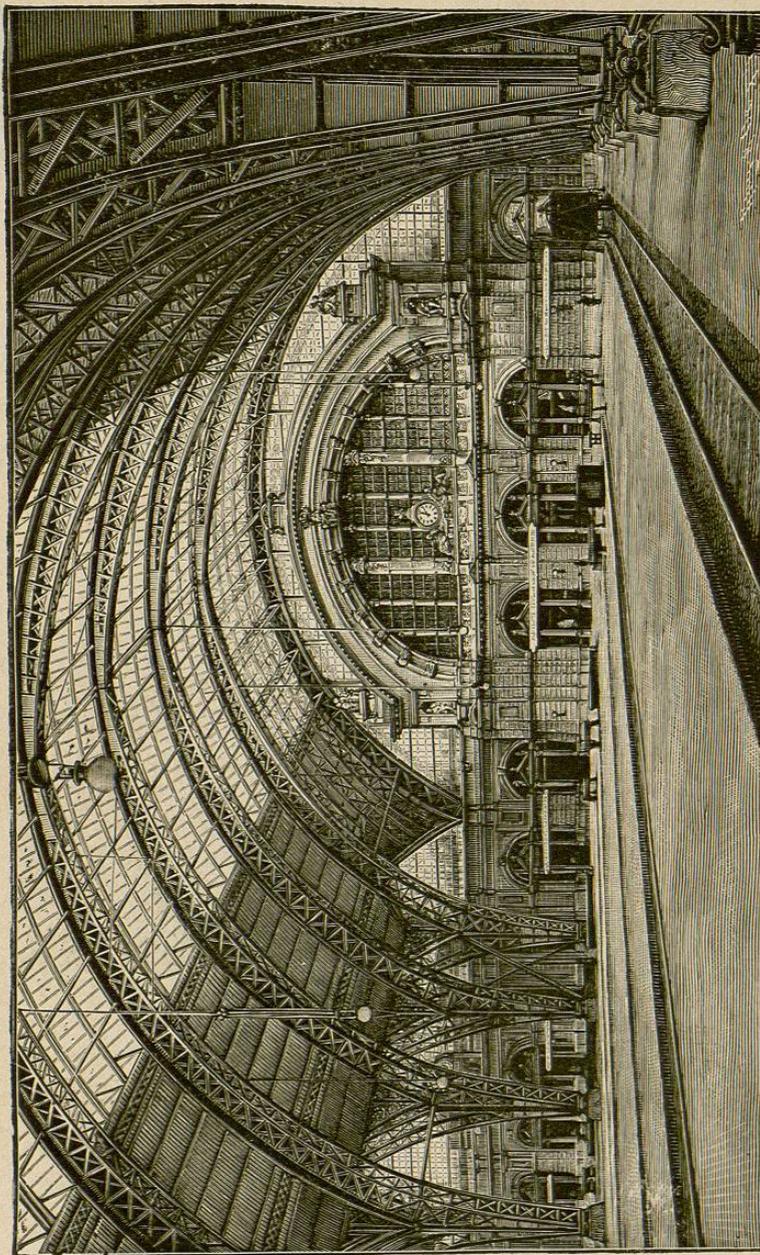


PESCADOR DE SYLT.

Cebados de nuevo los anzuelos, á veces con los intestinos de los mismos abadejos, se repite la operación, y luego de terminada la pesca, se hace la preparación del abadejo, que consiste en cortar las cabezas y abrir el vientre del pez en la forma que todos conocemos, haciéndole secarse atado por la cola, y después de lavado con agua del mar, ya en tendederos puestos en tierra, cubiertos ó no, ó bien en perchas ú horquillas

acomodadas en los barcos. Cuando la pesca es muy abundante, se sala el bacalao en grandes tinas y se pone á secar al aire libre.

El aceite de hígado de bacalao se obtiene por el procedimiento menos agradable al olfato, colocando los hígados en barriles, donde entran en putrefacción; por efecto de ésta, la grasa ó aceite sube á la superficie,

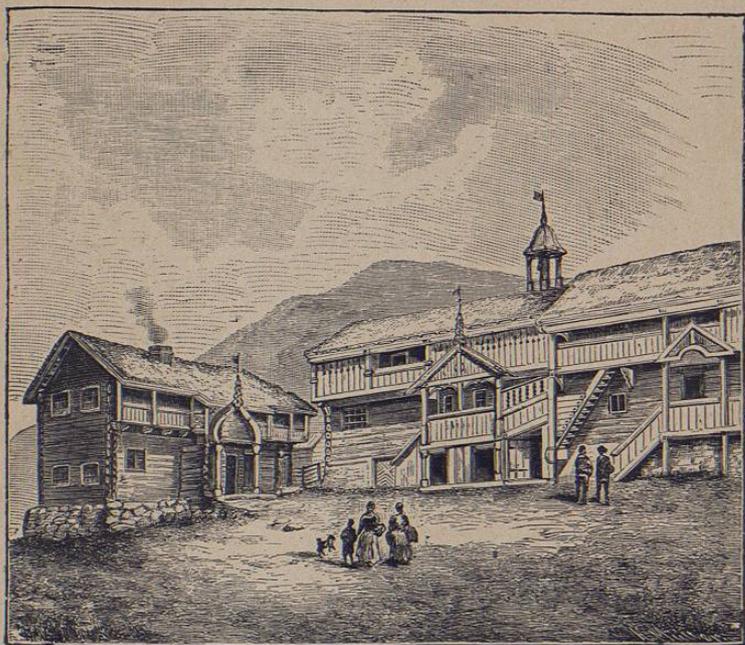


ESTACIÓN DEL FERROCARRIL EN FRANCFORT DEL MENO.

formando capas, de las cuales son las más altas las de pureza mayor.

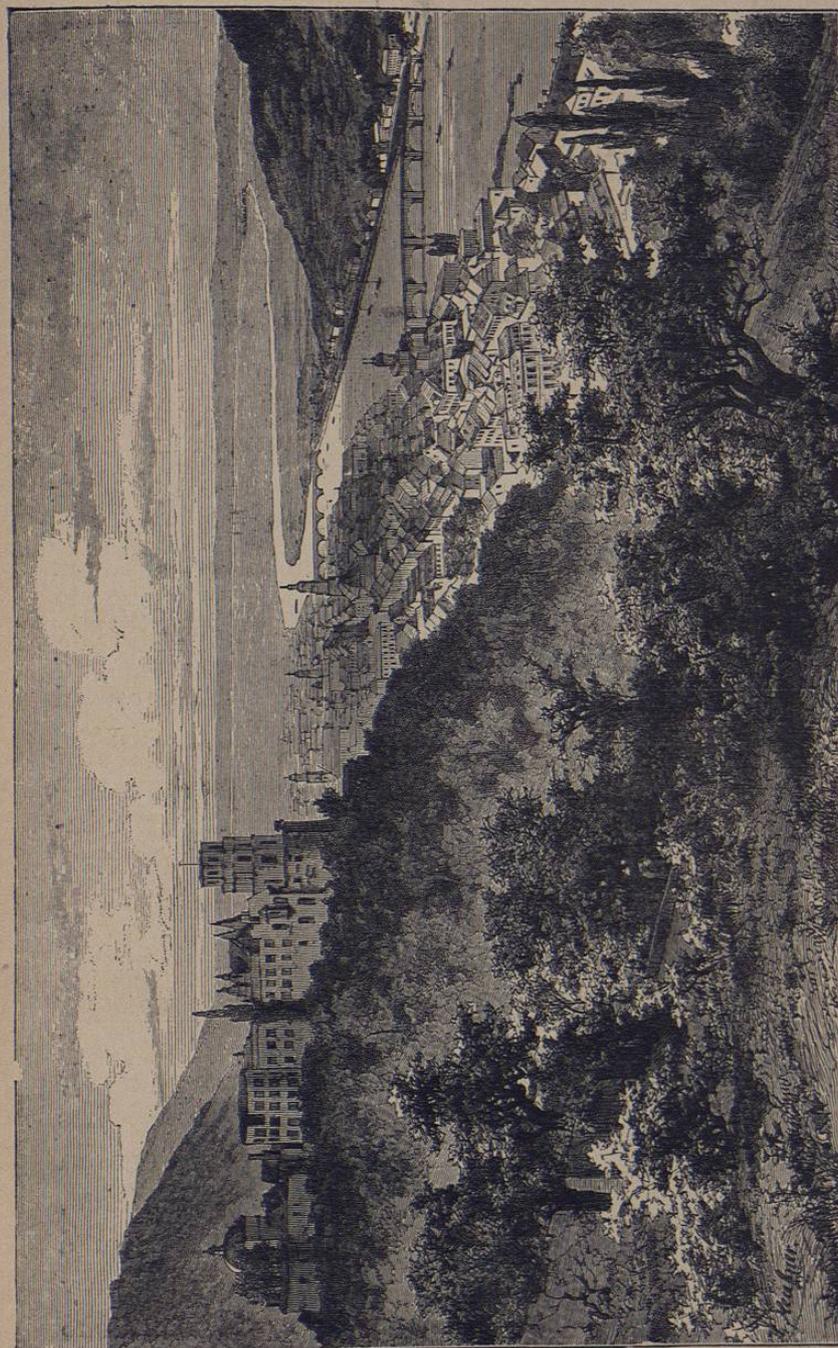
La pesca es de tal importancia en las islas Lofoden, que en el año 1861 ocupó á 20.000 hombres, y en 1877 se cosecharon 25 millones de abadejos.

Del estrecho de Tiel á la rada de Tromsøe tardaron



CASA NORUEGA DE LABRANZA.

veinticuatro horas los viajeros, que llegaron á puerto entre multitud de barcos pescadores, cuya construcción recuerda el destino á la piratería que tuvieron los que ha siglos constituyen su modelo, con proa elevadísima yrecio castillo en la popa; por toda arboladura un palo, por todo aparejo una vela. No podían Brugarolas ni sus com-



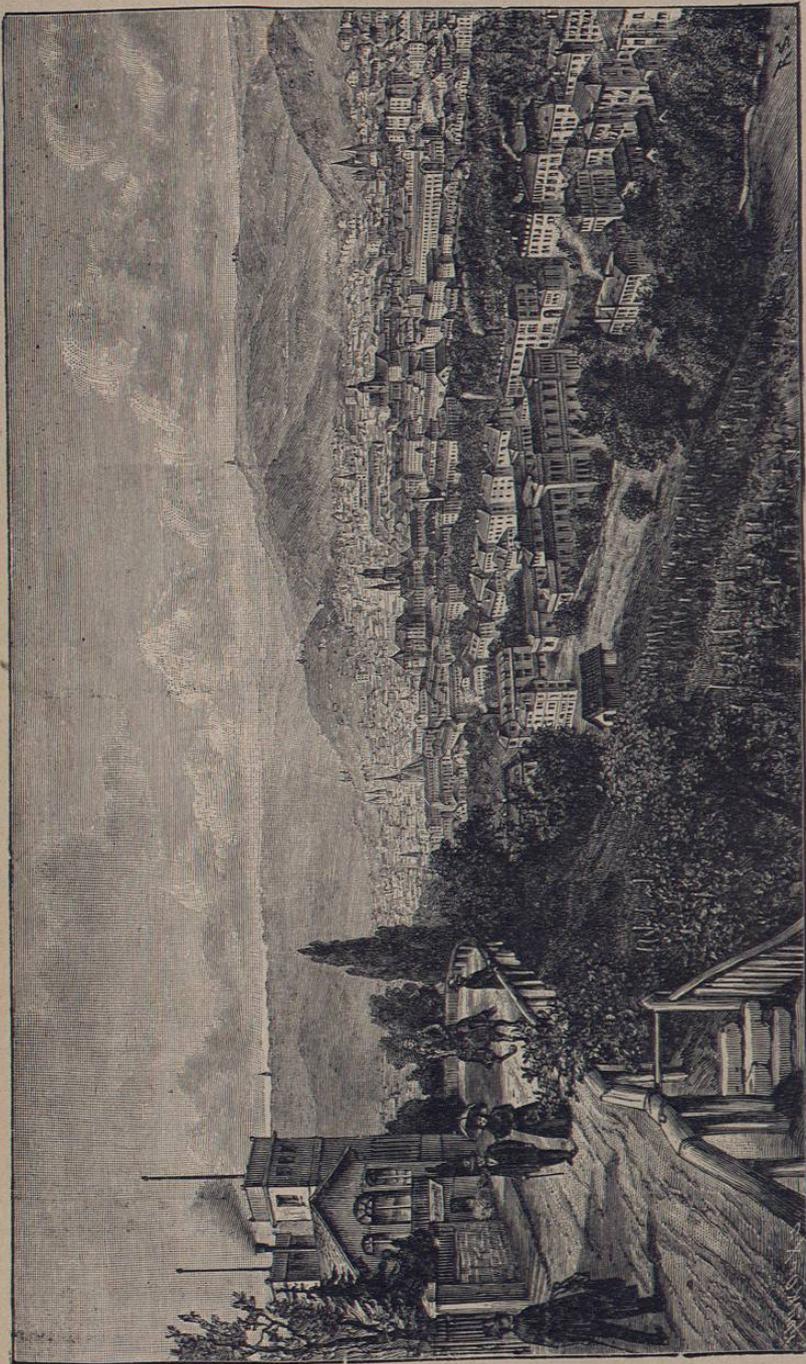
ALEMANIA.—HEIDELBERGA Y EL NECKAR.

VISTA DEL FIORD DE FAYMA, EN NORUEGA.



pañeros esperar que á los 70 grados de latitud Norte pudieran hallarse en una isla del mar Glacial los soberbios palacios de aquellos poderosos comerciantes, y menos aún que en las casas de labranza y quintas de recreo que circundan la ciudad, hubiera una vegetación casi tropical ¡en una ciudad cuya temperatura media está por bajo del cero!

La gente pobre estaba toda en el mar, entregada á la pesca del bacalao ó á la caza de la ballena. Los ricos, que estaban en sus palacios, obsequiaron á nuestros amigos y les llevaron á uno de los dos teatros



WURTEMBERG.—VISTA DE STUTTGART.

que casi siempre hay abiertos en la elegante ciudad polar; allí presenciaron la representación del *Otello*, de Shakespeare. El autor inglés se hubiera quedado muy sorprendido viendo hacer el papel del negrazo moro de Venecia á un cómico sueco, de pelo casi albino.

Dos días más tarde llegaron al suspirado cabo Norte con terrible niebla, muy fría á pesar de la estación, y muy oscura á pesar del día polar, durante el cual los halos y otros espejismos son pasmo de los sentidos.

Cuando serenó el tiempo, la enorme majestad de aquel silencio impresionó mucho á nuestros viajeros y á cuantos iban con ellos á presenciar el indecible espectáculo en el mismo vapor. Á la vuelta de éste, que llegó doblando el cabo Nordkin hasta cerca del golfo de Tana, no sin miedo de hallar algún témpano de los que bajan en aquella dirección con frecuencia; á la vuelta, decimos, visitó el vapor la isla de Magero, en el canal de su nombre, arribando después á Masoe, la aldea más septentrional de Europa, que es, sin embargo, un centro de importancia para el comercio noruego, no sólo por la pesca, sino porque allí se trafica en gran escala con la plumazón del pato salvaje, llamado en sueco *Eider*, que sirve para hacer los cubrecamas llamados *edredones*. El *Eider* veranea en el Polo y reside en las costas de Noruega durante los meses de otoño é invierno; cuando termina su cría, deja en el nido enorme cantidad de plumas, que son recogidas cuidadosamente para venderlas á un precio relativamente elevado.

Brugarolas y sus amigos visitaron la vecina montaña Kvagfield, donde disfrutaron de nuevo de un espectáculo semejante al del cabo Norte, pero aun más bello. Desde la cumbre, donde sólo una lluvia torrencial interrumpía



EN BUSCA DEL CABO NORTE.

el profundo silencio de aquella soledad, miraron á la tierra firme, y en cuanto pudieron divisar, con ayuda de los anteojos, contemplaron series no interrumpidas de elevadas montañas y profundos valles, festoneadas las unas y sembrados los otros de redondas moles y de altísimas agujas semejantes á catedrales con cúpulas de hielo y aguzadas torres de plata.

Impresionados profundamente por aquella incomparable perspectiva, regresaron al barco que, con la celeridad posible, les llevó de retorno á Gotemburgo, ciudad de Suecia, que es la primera en actividad mercantil, y la segunda en número de habitantes, con anchas calles cortadas por canales, que le dan el aspecto de las poblaciones holandesas.

El viaje por la Escandinavia había terminado; el tiempo avanzaba rápidamente y los expedicionarios no se atrevieron á visitar, como hubieran deseado, á Helsingfors, Abo y algunas otras poblaciones del golfo de Finlandia ó del de Riga, pues unos finocarelios que se hospedaban en el mismo hotel, les dijeron que hacía ya mucho frío en Finlandia y en el Norte de Rusia, para perder tiempo en intentar expediciones al interior del Gran Ducado, siquiera esta nación sea muy interesante para los españoles por el importante tráfico que con nosotros mantiene.



IV.

Un gran Estado.—La vuelta á Alemania.—Tipos y países.—Berlín y Munich.
Los españoles en el imperio.—Camino de Polonia.

De Gotemburgo pasaron los amigos españoles á la isla de Rugen, en el Báltico, cuya capital es, no sólo en la Pomerania ó en la Prusia, sino en toda Alemania, célebre por su belleza y pintorescos paisajes.

De allí á Stettin, capital de la provincia, hallaron rápido transporte, y luego cómodo alojamiento en un buen hotel con vistas al Oder.

—¡Qué de kilómetros hemos de recorrer todavía—exclamó Silva contemplando el río—hasta que lleguemos á tu origen!

—¡Calla, *Plinio!* No suspires ya por tu Oriente, que así que has visto el Oder, remontaste los 864 kilómetros de su curso para emparentarlo por la Moravia con el Danubio.

—Justamente—replicó Silva;—y estoy en mi perfecto derecho, como tú estás en el deber de proponernos ahora